



Tierra de Huipiles

Cuentos de la Región Triqui

Julio Axel Hueto Cruz

Ilustraciones

Cynthia Angélica Fabela Romero



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Tierra de Huipiles

Cuentos de la Región Triqui

Julio Axel Hueto Cruz

Ilustraciones

Cynthia Angélica Fabela Romero

Corrección de estilo

Jashui Jatsiri Pizarro Márquez

Diseño Editorial

Corina Ramírez Hernández

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2021

Índice



Introducción

| 05



La fiesta del dios del rayo

| 08



La diosa perversa

| 24



La visita de los fieles difuntos

| 44

Introducción



Al noroeste del estado de Oaxaca se encuentran ubicadas dos regiones donde viven los triquis. El pueblo más conocido de la zona baja es San Juan Copala, en la zona alta se encuentran los pueblos de San Martín Itunyoso, San Andrés Chichahuaxtla y Santo Domingo del Estado, donde se habla la lengua *Tnánj nình-in*. Dentro de la comunidad veneran al dios del rayo, lo celebran el día 25 de abril y le hacen una petición unánime para que llueva y su cultivo siga creciendo, puesto que sus cosechas se basan en: maíz, frijol, calabaza, chile y quelite.

En el primer cuento de esta antología conocerás a Duhwi, un niño de nueve años que vive en uno de estos pueblos, él disfruta la comida e ir a la escuela, pero lo que verdaderamente ama es el basquetbol. Acompáñalo en una historia en la cual anhela jugar baloncesto el día de la celebración del dios del rayo, pero no quiere que llueva porque su balón no votará igual y no podrá demostrar sus grandes habilidades.

El segundo relato te contará la leyenda que habita en los bosques de San Andrés Chicahuaxtla, lugar donde moran las diosas perversas, famosas por cambiar de apariencia para engañar a los hombres que cazan en el bosque. Se dice que cuando cae la noche, estos dioses visitan el pueblo para acechar a su víctima. ¿Alguna vez te has cruzado con una diosa perversa sin saberlo? Puedes identificarlas por su forma de vestir, pues utilizan blusas negras desgarradas, faldas deshilachadas y zapatos agujerados de la parte de los dedos, si observas bien podrás notar que sus pies son como los de una cabra. Si te encuentras a una mujer así no dudes en salir huyendo, incluso si es una hermosa mujer.

Finalmente, la antología cierra con un cuento que provocará que al menos una lágrima brote de tus ojos. En dicho relato conocerás a Atan'an, un pequeño de la comunidad triqui que junto con su madre esperan la visita de su padre y abuelos en el día de los fieles difuntos. En dicho cuento podrás palpar los olores del cempasúchil, el mole y el copal. Disfruta del colorido característico del día de muertos.





La fiesta del dios del rayo



La lluvia bañaba al pueblo de Santo Domingo del Estado, el olor a tierra húmeda viajaba con el viento hasta llegar a la nariz de cada uno de los triquis de esa región, Naac Naac, dios del sol, ya no relucía entre sus destellos, pues Naac Yahui, dios de la luna, era el encargado de iluminar la noche de aquel 25 de abril. Xuwá y Xato, eran una pareja de esposos que vivía con sus hijo de nueve años. Ambos despertaron a las seis de la mañana como de costumbre, se levantaron del petate donde dormían, la mujer se hizo una trenza y se puso el huipil rojo que apenas había terminado la noche anterior, luego de terminar de alistarse prendió el anafre y preparó el desayuno para Duhwi, el pequeños de la casa que iría a la primaria y para Xato, su esposo, quien iría al tianguis de Chicahuaxtla a vender el grano de café, el maíz y el plátano casi maduro que había cortado la semana anterior.

Mientras Xuwá preparaba el desayuno, Xato se puso su nueva camisa blanca, su poncho rojo, su pantalón negro y su sombrero de palma; luego fue a despertar a Duhwi, quien dormía en su petate a un costado del de ellos, sin embargo, este ya había despertado, abrazaba su balón anaranjado de basquetbol, le susurraba algunas palabras que su padre no logró oír, este se asombró, no porque su hijo le hablara al balón, sino porque Duhwi estuviera despierto, pues siempre le costaba trabajo que el pequeño abriera los ojos temprano; Xato vio que corrían lágrimas en las mejillas de su hijo y se preocupó.

— ¿Qué pasó? ¿Te duele la panza? —dijo su papá intranquilo mientras se ponía en cuclillas.

—No, nada de eso —dijo Duhwi

— Entonces, ¿no quieres ir a la escuela verdad?

—No apa, lo que quiero es que la lluvia se detenga —contestó el pequeño sollozando.

—Hijo, pero si gracias a Naac Cunmá (dios del agua) las cosechas crecen y podemos comer —intentó explicarle.

—Pero también la lluvia hace que no podamos jugar porque se inunda la cancha y cuesta más trabajo botar el balón...

—Tú tranquilo hijo, vas a ver que en un ratito el dios del sol se va a presentar ante nosotros.

— ¿Y si no deja de llover? Hoy es el día del Yan'anj Du'wi (Dios del rayo))y siempre se muestra en el cielo —dijo el pequeño mientras unas lágrimas humedecían sus mejillas.

—Duhwi, cada uno de los Dioses sabe cuáles son nuestras necesidades y nos ayudan... el dios del rayo ya se nos mostró durante la madrugada, verás que invitará a su festejo al dios del sol —dijo el hombre mientras intentaba darle ánimos

— ¿Tú crees apa?

—Y si no se seca bien la cancha pues juegas con tus zapatos de tela hijo.

—Es que cuando corro con los zapatos me salen ampollas...

—Vas a ver que la cancha de basquetbol va a estar en su máximo esplendor para la tarde, y en la noche que empiece la fiesta vas a poder jugar sin zapatos y demostrar que eres el mejor. Ándale, apúrate a cambiarte para que desayunes, si no vas a llegar tarde a la escuela y yo al trabajo —dijo el hombre mientras extendía los brazos para ayudarlo a su hijo a que se levantara del petate. Una vez que Duhwi estuvo de pie se puso su pantalón y su camisa blanca, se colocó los zapatos de tela y un sombrero como el de su padre.

Xuwá retiró del fuego del anafre la olla de barro donde había puesto a calentar el café, lo sirvió en tres jarros que estaban sobre la mesa donde también ya había tres platos con frijoles negros y tortillas recién hechas



de las cuales emanaba un ligero vapor caliente. Llamó a Xato y Duhwi para que fueran a desayunar y estos no tardaron en llegar para degustar sus alimentos.

—Ten cuidado Duhwi, no te vayas a ensuciar la camisa ni el pantalón porque son blancos y luego cuesta trabajo que salgan las manchas —le dijo su mamá mientras se llevaba una tortilla enrollada a la boca.

Luego de acabar su desayuno los tres se levantaron de la mesa, Xato tomó con ambas manos cuatro de las pencas de plátano que tenía cerca de la puerta; Duhwi agarró su morral y salió corriendo de la casa con la ilusión de que la lluvia hubiera parado, su madre ya lo esperaba para llevarlo a la escuela, pero cuando llegó afuera de inmediato miró el cielo... La llovizna había cesado, del techo caían algunas gotas, posteriormente el niño vio el suelo, la tierra estaba húmeda y el olor a petricor era agradable, sin embargo, él no le tomó importancia, pues al ver que el camino estaba un poco lodoso pensó en cómo estaría la cancha.

—Tranquilo, acuérdate lo que hablamos —le dijo su padre al ver su rostro de preocupación.

Duhwi sonrió, asintió con su cabeza y caminó tomado de la mano de su madre.

Voy regreso rápido para ayudarte a acarrear lo de la venta —le dijo Xuwá a su esposo.

Duhwi llegó a la escuela, se despidió de su madre y entró. Ya en el salón, el pequeño se sentó en una silla que estaba cerca de una ventana, no quería perderse el momento en el que el dios del sol se mostrase con sus rayos naranjas en el cielo. Llegaron la maestra María y sus compañeros. —Saquen sus cuadernos —ordenó la maestra— ¡Duhwi! Debes sacar tu libreta —mencionó ella al notarlo distraído.

El pequeño hizo caso, sin embargo, en el transcurso del día siguió igual, no ponía atención, únicamente miraba a la ventana. No era el mismo de siempre, pues Duhwi participaba cuando la profesora preguntaba algo, también platicaba con sus compañeros sobre lo que había aprendido en clase y también lo que había hecho el día anterior al salir de la escuela, pero en especial hablaba sobre los nuevos movimientos que había aprendido con su balón de básquetbol.

Durante el día, las nubes corrieron en el cielo gris de Santo Domingo del Estado; cuando llegó la hora del recreo, Duhwi salió y vio un charco sobre el piso de la escuela, brillaba como si tuviera estrellas, miró hacia el firmamento y observó algo que le dibujó una sonrisa, pues entre tantas nubes densas los rayos anaranjados del sol aparecieron sutilmente, apenas eran visibles, pero eso le bastó al pequeño porque quizá las próximas horas podrían ser mejores y más cálidas. Al regresar al salón de clases Duhwi volvió a ser el mismo de días pasados, reía y platicaba con su mejor amigo, Stuuju-u.

— ¿Irás a la fiesta del Dios del Rayo en la noche? —le preguntó Duhwi a Stuuju-u quien estaba sentado detrás de él.

—Sí, mi mamá y mi papá no dejan de hablar de eso —dijo su amigo.

—Igual que en mi casa, mi mamá ha estado esperando este día desde hace varios meses.

— ¿Van a llevar algo de comer para la fiesta?

—Sí, mi mamá va a hacer pozole —contestó Duhwi con una sonrisa en el rostro, pues era su comida favorita y su madre sólo preparaba ese platillo en las fiestas importantes—. ¿Tu mamá va a hacer algo para comer? —preguntó entusiasmado.

—Va a hacer atole de maíz y de carne —contestó Stuuju-u— Oye ¿vas a llevar tu balón al ratito? —preguntó emocionado.

—Sí, voy a llevar el balón, dice mi papá que luego en esta fiesta vienen yanij a que han invitado a niños y adultos a jugar en copas importantes —dijo mientras sus ojos brillaban.

Al mediodía, cuando las clases ya habían terminado, el cielo pasó de tener nubes grises a estar despejado y de un tono azul, el dios del sol brillaba. El pequeño Duhwi al ver que el clima había cambiado se puso a saltar de alegría dentro del salón, imaginaba una noche perfecta, comiendo pozole, jugando en la cancha seca y anotando canastas de tres puntos que le harían jugar en ligas importantes. Salió de la escuela con una sonrisa



esplendorosa junto con Stuuju-u, sus madres ya los esperaban afuera.

— ¡Ma, el dios del rayo sí invitó a su fiesta al dios del sol! —gritó Duhwi con un gesto de alegría mientras corría hacia donde estaba su mamá.

—Te dijo tu papá que así iba a ser hijo y ya ves que sí se cumplió —susurró Xuwá en su oído mientras lo abrazaba.

—Al rato nos vemos en la fiesta —dijo Duhwi despidiéndose de Stuuju-u .

Cuando llegaron a su casa, de inmediato Duhwi caminó hacia el petate, se quitó el morral y agarró su balón; lo botó varias veces y luego de controlar cada uno de sus rebotes, lo comenzó a pasar entre sus piernas, de adelante hacia atrás y viceversa. Parecía que se comunicaban el uno con el otro, incluso, imaginó que un comentarista de la radio relataba cada movimiento que realizaba con su fiel amigo, pero sobre todo, imaginaba que era el nuevo y mejor jugador del mundo. Mientras tanto, Xuwá preparaba el maíz seco, la cebolla, el ajo, la sal, los chiles secos y la carne para ponerla dentro de la olla que tenía sobre el anafre ardiente, pues sería el platillo que llevaría por la tarde a la fiesta del dios del rayo y tenía que darse prisa para que estuviera listo a tiempo.

Dieron las cuatro de la tarde, Xato llegó del tianguis sin nada de su mercancía, había sido un día muy bueno para la venta de plátano y café. Duhwi escuchó que su padre había llegado y, feliz, no tardó en sentarse en la mesa donde su padre estaba descansando.

— ¡Apa! Sí dejó de llover —dijo el pequeño mientras le daba un fuerte abrazo.

—Te dije que los dioses saben cuáles son nuestras necesidades hijo, y así como tú quieres que la cancha se seque, otros queremos que la lluvia sea abundante para que la tierra nos dé alimentos —le contestó acariciándole la cabeza

—Perdón... creo que estuvo mal que pidiera que el dios del rayo se fuera el día de su fiesta ¿verdad?...

—Tranquilo, tal vez está preparándose para festejar un ratito con nosotros hoy, por cierto ¿ya estás listo para la fiesta?

—Sí, ya estoy listo —Duhwi volvió a mostrarse feliz con una gran sonrisa en su rostro.

Xuwá veía y escuchaba todo mientras terminaba de cocer el pozole. El pequeño continuaba jugando con el balón. Luego de un par de horas, el dios del sol guardaba su brillo en el oeste y el cielo cambiaba sus tonalidades azules claros por unos anaranjados mezclados con azul oscuro y violeta.

Duhwi, Xato y Xuwá salieron de la casa rumbo a la cueva donde se llevaría a cabo el festejo. El pequeño llevaba bajo su brazo su balón anaranjado; el hombre y la mujer iban detrás de este cargando la olla pesada y humeante, uno de cada lado.

Cuando llegaron a la cueva donde sería el gran festejo, una extensa parte del pueblo ya estaba ahí, algunos acomodaban los platillos que habían preparado, algunos ponían lonas para cuando apareciera el dios del rayo; otros tocaban el violín, el tambor y la guitarra mientras unos cuantos bailaban al son de la música; los pequeños jugaban a un lado de la cueva, en la cancha de basquetbol que ya lucía un poco seca, los niños festejaban que Duhwi tenía en sus manos el balón con el que jugarían, entre estos Stuuju-u. El juego comenzó, la bola estaba botando sobre la cancha y la pasaban uno a otro para ir calentando, la diosa luna apareció e iluminó la tierra.

Hombres, mujeres y niños entraron a la cueva con velas y en cada rincón de esta esparcieron huevos, aguardiente y copal, la música que antes tocaban afuera ahora se escuchaba adentro y todos a unísono cantaban pidiendo que el agua nunca faltara para que les diera vida. Luego de estar ahí dentro deseando la llegada del dios del rayo a su celebración, salieron y comenzó la degustación de los platillos, había tamales, pozole, atole de carne y muchos platillos más que emanaban un sin fin de olores.

Cuando terminaron de comer los triquis, tanto hombres como mujeres se pararon a bailar, los niños aprovecharon para ir a la cancha, Duhwi se quitó los zapatos de tela y los dejó cerca de la canasta donde le tocaría encestar. El partido al fin dio inicio, Duhwi y Stuuju-u se sentían afortunados porque les tocaría jugar en el mismo equipo, en la mayoría de jugadas



amagaban con ir hacia adentro, cuando el oponente le intentaba obstruir el paso, el pequeño amante del balón iba hacia afuera y le cedía el balón a su amigo para que anotara solo.

Otras de las jugadas que usaban Duhwi y su amigo Stuuju-u, era lanzar el balón hacía tablero para que rebotara y así el otro, al recibir la bola volviera a tirar y encestar como si estuvieran conectados, a pesar de no ponerse de acuerdo, bastaba reaccionar a la oportunidad que sus contrincantes les daban para encestar.

A veces Duhwi veía que su amigo era obstaculizado por sus contrincantes y prefería hacer la jugada sólo, pues él era veloz y muy ágil; y sabía muy bien la jugada, entonces corría mientras botaba el balón y esquivaba a sus oponentes hasta que llegaba a la canasta y encestaba. Mientras transcurría el partido, más personas llegaron a la fiesta y al ver que en la cancha se escuchaba mucho murmullo se acercaron... el pequeño hijo de Xuwá y Xato se robaba los aplausos y los suspiros de los espectadores. Cuando el juego estaba a punto de terminar, el partido estaba empatado a 35 puntos.

Una línea de luz blanca apareció en el cielo, y esto hizo que los más viejos de la fiesta sonrieran, los pequeños no le prestaron atención y siguieron jugando, pero Duhwi sintió una gota fría en el cuello, miró arriba y fue tanta su sorpresa que dejó de jugar. Era el dios del rayo que se hacía presente y venía acompañado de la lluvia. Santo Domingo del Estado se bañó con la tormenta que caía y los triquis lo festejaron.

— ¡Hijo, él está feliz con el regalo que le estás dando y te está agradeciendo! —Le gritó Xato a Duhwi.

— ¡Le quiero dedicar la victoria al Dios del Rayo! —Contestó seguro de sí mismo el pequeño.

La cancha empezaba a encharcarse, el balón ya no botaba igual, y los pequeños que estaban en la cancha acordaron que el primero que anotara sería el ganador, esto le pareció motivante a Duhwi, podía ser él quien encestara para poder ganar. El equipo rival tenía el balón a su favor, hacían pases que poco a poco los hizo acercarse a la canasta del equipo de Duhwi, este esperaba atento el momento de poder arrebatarse el balón, cuando vio que Xo, el mejor jugador del equipo contrario se detuvo y botó la bola anaranjada, supo que esa era su oportunidad. El balón golpeó el suelo, se hizo un agujero en el charco, salpicaron gotas, la luna se reflejaba en el agua, y justo en ese momento, antes de que el balón regresara a la mano derecha de Xo, el pequeño Duhwi robó el balón, lo botó cuatro veces mientras corría hacia adelante, parecía que el agua no estaba ahí; su mejor amigo lo acompañaba esperando su pase, como si no hubiera más jugadores, corrieron juntos hacia la canasta, eran sólo ellos dos y la gloria.

— ¡Stuuj-u ganaremos! —gritó Duhwi

—Cuando te lance por favor ve directo a la canasta —susurró Duhwi al balón mientras levantaba los brazos y la cara se le humedecía con las gotas de lluvia.

El pequeño llegó a la línea de los tres puntos y tiró, cada noche antes de dormir, él platicaba con su balón y le contaba que algún día quería hacer una anotación que le diera la victoria a su equipo. Duhwi jamás había podido anotar desde esa distancia, pero ese día fue diferente. Mientras el balón viajaba, en el cielo apareció una vez más el dios del rayo, cuando el balón entró al aro de la canasta, el dios del trueno se hizo presente, el cielo retumbó tan fuerte que se oyó por varios segundos.

Duhwi no podía creer que la escena que imaginaba cada noche podía ser mejor de lo que pensaba. Sus compañeros de equipo corrieron hacia él y lo cargaron en hombros hasta la mesa donde estaba el pozole que había preparado su madre, gritaban con mucha emoción. Un hombre de mediana edad, que vestía pantalón azul y camisa negra se acercó a Xuwá y Duhwi para decirles que quería invitar al pequeño a la copa Benito Juárez, que se realiza cada año en Oaxaca y donde juegan diversas localidades indígenas. La lluvia cesó de un momento a otro, la felicidad que envolvió a Santo Domingo del Estado fue un fenómeno natural que no se ha vuelto a ver.





La diosa perversa



El cielo del sábado familiar se tiñó de color anaranjado. El resplandeciente sol que nos había acalorado durante el día se empezaba a ocultar detrás de las montañas de nuestro pueblo, San Andrés Chicahuaxtla. El aire frío soplaba con mayor fuerza y provocaba que mi sombrero de fieltro negro quisiera volarse, el ulular de los búhos se oía cada vez más fuerte en las ramas de los pinos que nos cubrían alrededor. Es bien sabido que antes del anochecer es mejor abandonar el bosque porque estos pueden atacar para defender su territorio, también pueden salir víboras de cascabel o en el peor de los casos panteras, por ello decidimos partir del bello paisaje que nos brindaba la arboleda.

Eran más de las seis cuando mi esposa Nimun' y yo comenzamos a meter en uno de los morrales las astas de venado que utilicé para atraer ciervos y luego cazarlos ese día, también guardamos las balas que no había usado

con la escopeta, los platos de barro y las cucharas; en el otro morral más grande metimos la olla de frijoles que nos habíamos terminado en la comida, los vasos y el cántaro que teníamos sobre una manta verde que Nimun' había tejido para cuando salíamos al bosque o al campo junto con nuestras hijas, Xucuan (la pequeña) y Xio (la mayor).

Ambas jugaban cerca de donde estábamos nosotros, tenían los huarachas y el huipil rojo que les había tejido su madre, estaban sucios por la tierra y el lodo con el que habían estado divirtiéndose durante el día. A unos metros de ellas, a la derecha, estaba la pequeña cierva que había cazado para comer y vender en el tianguis.

— ¡Niñas! Ya casi nos vamos eh... —les dije poniendo mis manos alrededor de mi boca para que me escucharan.

—Hay que quedarnos otro ratito papi —me contestó Xucuan con una tierna sonrisa.

—Sólo mientras terminamos de acomodar las cosas porque ya se empieza a oscurecer.

Terminamos de recoger lo que habíamos llevado. El cielo ya estaba vestido de azul petróleo, púrpura, y mínimamente anaranjado; el sol ya no nos acompañaba.

Con tierra apagamos la fogata que habíamos utilizado para calentar nuestra comida al medio día cuando llegamos; me colgué la escopeta

en el hombro, saqué un lazo que traía en uno de los morrales y fui por Xucuan, Xio y la cierva. Mientras caminaba, vi que mis niñas cantaban y jugaban a dar vueltas en círculos tomadas de las manos, mas no lograba entender qué decían, me aproximé y las pequeñas fueron disminuyendo el volumen de sus voces, pero al mismo tiempo iban aumentando la velocidad con que cantaban, una vez junto a ellas logré escuchar que decían susurrando: “cabellos blancos, hoyos en los zapatos, dos dedos de cabra...”

— ¿Qué canción es esa? Nunca la había oído —les dije riendo.

Xucuan y Xio dejaron de jugar, se soltaron de las manos y me miraron asustadas, se vieron mutuamente, ninguna de las dos me respondió, únicamente agacharon la mirada.

— ¿Les comió la lengua el conejo? —pregunté sarcásticamente. Ambas respondieron moviendo la cabeza negativamente—, ¿aprendieron una nueva canción en la escuela?

—No, la aprendimos... —contestó Xucuan.

—Sí, me la enseñaron a mí —dijo Xio interrumpiendo a su hermana.

—No es cierto papi, aprendimos la canción ahorita —afirmó Xucuan sin importarle que Xio la estuviera viendo enojada.

— ¿Entonces la inventaron ustedes? —les pregunté sonriendo.

—No, estábamos cantando una canción que nos enseñó el viento papi



—me dijo entre dientes Xucuan sin levantar la cara, no había podido resistir más los ojos de furia de Xio ni oír cómo inhalaba y exhalaba enojada.

— ¿El viento les enseñó la canción? —les pregunté mientras me ponía en cuclillas.

—Fue un búho, el viento no susurra canciones —respondió molesta Xio.

El camino del bosque a la casa no era tan largo, tardábamos alrededor de veinte minutos en volver, pero a nosotros siempre se nos hacía menos tiempo porque íbamos y regresábamos platicando; esa noche no fue así, Xucuan y Xio estuvieron muy calladas, me sentía culpable, pensaba que quizá las había hecho sentir incómodas cuando les pregunté sobre la canción que susurraban. Nimun' llevaba cargando uno de los morrales, tenía frío y sólo traía puesto su huipil rojo, eso hizo que tampoco quisiera hablar durante el camino; yo llevaba el otro morral e iba jalando con el lazo de ixtle las patas delanteras de la cierva, pesaba más de cien kilos y la tuve que llevar arrastrando, sin importar que su pelaje canela se llenara de tierra.

Millones de estrellas brillantes se posaron en el cielo vestido en su totalidad de azul oscuro, la luna llena apareció con tonalidades grises pálidas para iluminar la noche, a nosotros las frondosas copas de los árboles y sus ramas no nos permitían que la luz nos alumbrara con claridad, pero nos dejaba ver escasamente el camino. El viento llegó detrás de nosotros,

más frío y con mayor fuerza que cuando estábamos recogiendo las cosas, me voló el sombrero, intenté agarrarlo en el aire, pero este ya iba delante de mí... Lo di por perdido.

Seguimos caminando, iba un poco triste porque aquel sombrero había sido de mi padre y me lo había regalado antes de morir. Estábamos a la mitad del camino cuando extrañamente lo encontré boca arriba, estaba a un costado de un árbol de abeto, lo tomé y se lo di a Xio para que lo llevara consigo, pues no volvería a ponermelo ni correr el riesgo de que se me volara de nuevo..

A partir de ese momento empecé a sentirme nervioso, tenía la sensación de que alguien nos observaba, cada cinco pasos volteaba a mirar hacia el abeto, no era normal que ese árbol estuviera en un bosque donde sólo había pinos. Luego de unos minutos que dejamos atrás dicho árbol, nuevamente presentía que alguien caminaba detrás de nosotros; no le tomé importancia para no espantar a mi familia, pero cada vez sentía más la presencia de alguien, pensé que quizás eran los búhos que habían despertado y nos seguían con la mirada.

— ¿Estás bien Nane? —me preguntó Nimun'.

—Sí, ¿por qué? —le contesté con una sonrisa, como si no supiera el porqué de su pregunta.

—Desde que encontramos tu sombrero volteas mucho, te ves preocupado —me dijo directamente.

Ah, estaba volteando porque quería asegurarme que la cierva viniera bien amarrada —dije intentando que mi esposa y mis hijas no se preocuparan. Nimun' no había creído lo que le había dicho, la conocía desde que éramos niños y podía leer sus expresiones faciales tan bien como la palma de mi mano y de igual forma ella interpretaba a la perfección las mías; se veía molesta porque no le había dicho la verdad. Retomamos nuestro camino, seguía sintiendo que nos vigilaban, el ulular de los búhos era cada vez mayor, el viento corría abundante y frío; oí que susurraron mi nombre y sentí una ligera respiración cálida en mi nuca. La piel de los brazos y piernas se me erizó, inhalé profundo, las órbitas de los ojos se me agrandaron, solté el lazo y dejé de jalar a la cierva, me paralicé por unos segundos, mi esposa y mis hijas seguían caminando, sin embargo, ninguna se percató que me había detenido unos segundos; exhalé el aire que sostenía en mis pulmones, me agaché a tomar la soga y alcancé a mi familia. A pesar del miedo que sentía no fui capaz de decirles nada.

Salimos del bosque, las luces de las casas de los residentes de San Andrés Chicahuaxtla hacían que el paisaje se viera bellissimo. El frío se calmó y el camino volvió a iluminarse con la luna. Continuamos caminando para llegar a nuestro hogar. Pasamos frente a un sembradío de quelite, luego por los árboles de capulines y finalmente por las milpas de maíz, fue en ese momento en el que Xio y Xucuan comenzaron a correr, pues estábamos ya muy cerca de casa y conocían bien el lugar. Dudé si decirle a mi



mujer lo que me había ocurrido en el bosque, estaba pensando cómo abordar el tema, finalmente decidí contarle.

— ¡Oye! —dije mientras la miraba.

— ¿Mande? —me contestó molesta y sin voltear a verme, no era para menos, sabía que no le había hablado con la verdad.

Aceleré el paso, jalé con mayor fuerza a la cierva, tomé la mano de Nimun', cerré los ojos, respiré profundo para explicarle que no le había hablado con la verdad porque no quería que ella y mis hijas se asustaran, le comencé a hablar sobre el susurro que escuché y la respiración en mi cuello, pero nos encontramos a Xilio, mi amigo de la infancia, estaba terminando de cortar su cosecha de maíz. No logré terminar de contarle sobre el miedo que sentía.

— ¡Nane! fui a buscarte a tu casa en la tarde —gritó amigable.

—No estuve todo el día. Fui con mi familia al bosque y aproveché para cazar —le contesté mientras sostenía la mano de Nimun'.

—Es lo que veo —me dijo mirando a la cierva—, pues para eso mismo te fui a buscar hace rato, para ver si mañana irías a cazar.

—Sí, tenía pensado ir mañana, quería aprovechar que no hay tianguis para cazar unos conejos e ir al campo a cortar el grano de café —dije cuando Nimun' me soltó la mano.

—Me adelanto porque ya no veo a las niñas —me dijo molesta y caminó rápido.

—Entonces mañana nos vemos —le dije a Xilio y fui detrás de Nimun’.

— ¡Paso a tu casa antes de las siete! —gritó Xilio.

A pesar de ir caminando a pasos agigantados tardé un poco en llegar con Nimun’, cuando estábamos cerca de la casa logré alcanzarla, pero no estaban las niñas, pensamos que quizá estarían ya adentro, Nimun’ se metió corriendo; yo me tardé un poco más porque dejé a la cierva cerca de la puerta y luego la cubrí con una lona que tenía cerca, entré y llamamos a Xio y Xucuan, pero no contestaron, nos preocupamos, salí de inmediato a buscarlas, realmente temía que se hubieran perdido entre la milpa.

—¡Xio! ¡Xucuan! —grité desde la puerta.

Cuando iba corriendo hacia las cosechas de maíz, las niñas salieron detrás de la casa.

— ¡Papi! Aquí estamos —gritó Xucuan. Sentí una tranquilidad enorme cuando las vi— queríamos hacerles una broma.

—Nos asustaron niñas... no vuelvan a adelantarse y mucho menos a esconderse. Ándenle, vamos adentro que tienen que cenar y bañarse —les dije.

Mis hijas entraron a la casa, yo me quedé afuera para prender el anafre que teníamos a un costado de la entrada y así poder calentar el agua para bañarnos. Fui a un costado de la casa para agarrar leña, miré hacía la ventana y vi que mi esposa estaba de pie, movía los brazos de arriba abajo, de un lado a otro, tenía el ceño fruncido, pero sus ojos estaban al borde del llanto, se veían tristes e intuí que las regañaba porque ellas no decían nada, sólo asentían con la cabeza; luego las tres se dieron un abrazo. No pude evitar sonreír.

Me enfoqué en recolectar la leña para ponerla sobre el brasero junto con periódico y carbón, tomé una varita que estaba en el suelo, me la puse en la boca, encendí un cerillo, lo acerqué a la rama que sostenía con los labios y la prendí de la punta, tiré el cerillo sobre el anafre y después la barita. El fuego comenzó a arder, agarré un cartón que usábamos como soplador y empecé a echar aire al cenicero del hornillo, la llama no tardó en aparecer junto al humo que se esparcía en el aire.

Entré a la casa a buscar una olla para poner a calentar el agua, Xucuan y Xio estaban sentadas en la mesa tomando un vaso con leche. Nimun' estaba de rodillas acomodando los petates y las cobijas, preferí no molestarla y busqué en los trastes limpios que estaban debajo de la mesa, pero no encontré ninguna y decidí agarrar la cubeta de metal que usaba para acarrear cuando iba al campo a cortar moras y plátanos. Caminé hacia la puerta, sentí una mirada en la ventana, volteé y vi una mujer de



baja estatura, con la cara arrugada, una blusa negra desgastada, cabello blanco y despeinado; me miraba atenta, no parpadeaba, se le formó una sonrisa en el rostro, más que hacerla ver tierna o amable, la anciana lucía aterradora, de nueva cuenta la piel se me erizó. Con dificultad la señora levantó su brazo y me señaló, su mano se veía huesuda y sus uñas lucían un poco grises.

Detrás de la anciana se podía ver que la neblina se acercaba, no pasaron más de dos parpadeos míos cuando afuera todo estaba brumoso, la mujer se había perdido en la niebla que ya se colaba en la casa por debajo de la puerta. Me entró un miedo inexplicable, preferí no salir a calentar el agua, únicamente abrí la puerta para apagar el anafre, pero me llevé una sorpresa, pues este ya estaba apagado y la cierva había desaparecido. Volví con mis hijas y mi esposa adentro de la casa, intenté tranquilizarme para no preocuparlas, aunque por dentro me sentía muy asustado.

—Se siente mucho frío, yo creo que mejor se bañan mañana porque si no se van a enfermar niñas —les dije sonriendo.

En realidad, quería que Xio y Xucuan no se bañaran porque en una ocasión mi abuela me contó que a ella la visitó una mujer muy viejita, la invitó a pasar a la casa y le ofreció de comer, luego ella salió a calentar el chileatole para dárselo y cuando regresó la mujer estaba viendo a mi mamá recién nacida que estaba durmiendo; mi abuela me contaba que la anciana tenía una lengua muy larga, delgada y quería chuparle el alma

a mi madre porque olía a limpio. Es por ello que preferí que mis niñas durmieran sin bañarse.

—Nane, pero vienen muy sucias, sudaron en el bosque, mejor que se bañen con agua calientita.

—Por un día que no se bañen no creo que les pase algo a las niñas —le sonreí a Nimun’.

—Está bien, pero mañana antes de que te vayas prendes el anafre y pones el agua para que se bañen porque no pueden ir así a la escuela —me contestó.

—Sí, mañana me levanto a las seis porque voy a ir a cazar con Xilio.

—Está bien —me dijo Nimun’ y se dio la vuelta.

Xio, Xucuan y Nimun’ se cambiaron sus huipiles y se pusieron unas batas blancas holgadas, luego se acostaron en los petates, yo me quedé al final porque estaba cerrando la puerta y apagando las luces, cuando terminé me quité los huaraches, mi pantalón negro y mi camisa blanca que estaba muy sucia por el sudor, la tierra y el polvo; me puse un pans de algodón, no dejaba de mirar al lugar donde había visto a la anciana, tomé un suéter de estambre y me lo puse rápido sin quitar la vista de la ventana, no había rastro de la mujer, sin embargo, preferí colgar mi ropa sucia en la ventana a manera de cortina para poder dormir, me quedé más tranquilo y me acosté a un lado de Nimun’.

En la madrugada, alrededor de las tres de la mañana, escuché ruido en el techo, pensé que tal vez era un gato o un tlacuache, luego vi que una de las láminas de asbesto se movía, me preocupé porque éstas son demasiado pesadas, un animal pequeño no podría moverlas, sin hacer ruido me levanté y prendí una vela, el techo se dejó de mover, me quedé quieto. Entre el asbesto vi que un hilo de color rosado descendía levemente al petate donde dormían mis hijas, no era un hilo, era la lengua de la diosa perversa, corrí para quemarla, pero de inmediato la guardó, oí que caminó por el techo y luego de un salto bajó. Se me espantó el sueño por varias horas.

El frío que se metía por el hueco que había quedado de la lámina me despertó antes de las seis de la mañana, el cielo aún era oscuro, me levanté, me puse mi jorongo y salí a prender el anafre, luego puse a calentar café para desayunar con pan y el agua para que se bañaran mis hijas y mi esposa. Xilio llegó puntual a las siete de la mañana, entré por mi escopeta y mi morral, en el cual metí unas balas, las astas de venado, un plátano y unas moras. Desperté a Nimun' para decirle que dejaba el agua en el fuego y que ya me iba.

Partimos rumbo al bosque, el cielo poco a poco fue cambiando de azul oscuro a naranja claro con tintes azules celestes y mínimamente rosados, la luna nos hacía compañía, el viento soplaba fuerte, pero no sentía frío gracias al jorongo que me llevé puesto. Entramos al bosque, el miedo



me volvió a invadir, temía que la anciana volviera a aparecerse, de nuevo sentí que me miraban, Xilio veía si podía cazar algo, yo no quería demostrarle mi cobardía y fingí que también miraba con sigilo. El abeto estaba a unos metros, me detuve en seco, no quería avanzar, mi amigo no se percató y siguió caminando, yo lo observaba a la distancia. Cuando pasó por aquel árbol, salió detrás de este una joven que parecía necesitar ayuda, tenía cabello color hueso, unos zapatos negros muy desgastados, una blusa negra rota y una falda desilachada, Xilio no se percató que la joven caminaba detrás de él.

—Buenas tardes —dijo la mujer con una voz hermosa.

—Hola señorita —contestó Xilio cuando volteo.

Me acerqué a donde estaban, por un momento me olvidé de todo lo que me había estado ocurriendo. Cuando vi a la joven noté que tenía la cara llena de tierra, a pesar de eso era demasiado bella, sus ojos eran color miel, sus pestañas estaban rizadas y sus labios eran de un rojo muy llamativo.

— ¿Señorita está bien? —pregunté preocupado.

—No, me perdí anoche aquí en el bosque... —se cubrió la boca con ambas manos y de sus ojos brotaron lágrimas.

—Si gusta la puedo llevar a su casa —dijo Xilio.

—Sí, gracias... —la joven no se quitaba las manos de la boca cuando hablaba.

No me había percatado de sus manos, tenían manchas de sol, le sobresalían las venas, sus dedos eran muy largos y delgados hasta el punto en el que se notaban sus huesos. Esas manos se me hacían familiares. Eran las manos de la anciana que había visto en la ventana la noche anterior.

— ¡Es una diosa perversa! —le grité a Xilio.

—Una diosa perversa no puede ser tan hermosa —me contestó con la mirada perdida.

La mujer joven, bella y rubia, se fue deformando, le aparecieron arrugas en la cara, el cabello se volvió blanco, era otra vez la anciana. Se quitó los zapatos, vimos que sus pies no eran de humano, sólo tenía dos dedos café oscuro, eran como las patas de una cabra, la miré a los ojos y me sonrió, su dentadura era como la de una piraña, con dientes puntiagudos y lengua como la de una serpiente, luego empezó a carcajearse sin quitarme la vista de encima; no pude moverme, el miedo no me lo permitía. Xilio seguía con la mirada perdida,

— ¡Aléjate de nosotros, tú no eres bienvenida en nuestras tierras! —gritó Nimun' detrás de mí agarrando con fuerza su rosario de madera negra.

— ¿Y se fue la diosa perversa con las palabras de mi abuela? —preguntó Xutaj.

—Sí, cuando oyó esas palabras la mujer huyó corriendo y luego se echó a volar convertida en búho —contestó Nane.

—Entonces, ¿la diosa perversa fue quien les enseñó la canción a mi mamá y a mi tía en el bosque?

— Creemos que sí..

— ¿Y cómo supo mi abuela que estabas en peligro?

—No sé, ella me decía que las mujeres tienen un sexto sentido.

— ¿Y tú crees que mi mamá y mi tía sabían que la canción que cantaban era de mal agüero?

—Realmente no lo sé, ni ellas, ni tu abuela, ni yo habíamos oído sobre esas malas mujeres, supimos de su existencia hasta que una vecina nos contó que cuando los niños cantan esa canción ella aparece. Por eso no te voy a enseñar la canción para que nunca la cantes.





La visita de los fieles difuntos



Dieron las doce, el día en que los niños y jóvenes difuntos visitaban a sus familiares había terminado, pero la celebración aún no concluía, los adultos fallecidos comenzaban a llegar. El canto de los grillos había disminuido por las voces del pueblo de San Juan Copala en la fiesta de los fieles difuntos. Se escuchaba el sonido armónico del conjunto formado por el tambor, el violín y la guitarra que juntos hacían sonar melodías alegres; en cada uno de los hogares había alguien cantando, cocinando o preparando la ofrenda para recibir a sus difuntos; el olor de las flores de cempoalxóchitl se respiraba en el aire y se mezclaba con el copal que salía por las puertas y ventanas de las casas, el aroma se esparcía por todo el pueblo. El cielo nocturno de media noche no sostenía ninguna nube, estaba despejado, la luna llena tenía una blancura resplandeciente y las estrellas brillaban más que ningún otro día.

En la casa de Atan'an, un pequeño de apenas pocos años de edad, vivía con Xiriquij, su mamá, quien muy temprano regó agua en el piso dentro y fuera de su hogar, cuando terminó, comenzó a ahumar la casa con copal para invitar a sus difuntos a comer de la ofrenda; luego se puso a moler en el metate los chiles pasilla, chilhuacles rojos y negros, mulatos y finalmente anchos para preparar el mole que tanto le gustaba a Xinunh-un, su marido, cuando aún estaba en vida. La mujer estaba frente al metate arrodillada, tomó los chiles y los puso sobre la piedra lisa, al mismo tiempo sostenía el metlapil con ambas manos para triturar los chiles, sobre estos colocó el brazo del metate para comenzar a destrozarlos con movimientos semicirculares hacia delante y hacia atrás. Cada que hacía un movimiento de muñecas su trenza larga y negra se le iba para adelante. Mientras Xiriquij estaba ocupada con el metate, Atan'an se preparaba para adornar la ofrenda en la mesa de madera que tenían pegada a la pared, a esta la adornaban pliegos de papel picado de diversos colores: azules, verdes, rojos, amarillos, morados, anaranjados y blancos. Además, tenía un altar de muertos con dos escalones hechos de madera, en el de arriba había un mantel de color azul claro para hacer alusión al cielo, el segundo nivel estaba tapizado de granos de café molido para que los fallecidos supieran que era la tierra donde habían vivido.

El nivel que representaba el cielo tenía tres fotografías: en el primer retrato estaba su abuelo materno (un hombre de piel morena, nariz un poco gran-

de y ancha, labios gruesos, cabello negro largo y lacio, ojos café oscuro, y ceño fruncido); en el segundo su abuela materna (una mujer con cabello café oscuro y lacio, lucía sonriente y tenía piel clara) por ultimo estaba su padre (un hombre con ojos color verdes, tez morena clara, cabello corto, lacio y negro, mandíbula pronunciada y una sonrisa blanca). En frente de estas había veladoras (una para cada uno) para guiarlos en su visita.

En el primer nivel había tres jícaras con agua para que las almas calmaran su sed cuando llegaran. Atan'an estaba acomodando el pan de nuez junto a la foto de su abuela porque su madre le había contado que cuando era niña su madre todas las noches compraba pan para cenar; también estaba colocando los platos de barro con pozole y chileatole. Los plátanos, naranjas, moras, mandarinas, cañas y cacahuates los distribuyó a lo largo de la mesa, al igual que el tepache y mezcal que estaba en jarritos de barro, estos los puso para su papá y su abuelo. Hizo una cruz de ceniza que había tomado del anafre y puso un puño de sal en medio de la mesa para que los difuntos se purificaran, en la base de la mesa estaba el incensario donde se quemaba el copal que aromatizaba el aire. En la pared había un arco hecho con flores de cempoalxóchitl amarillas y anaranjadas, los cuales simbolizaban al sol para que los difuntos encontraran el camino al mundo de los vivos con ayuda de aquel olor tan peculiar.

Xiriquij terminó de moler los chiles y se puso de pie, fue en ese momento cuando lució por completo su huipil rojo con flores de cempoalxóchitl

bordadas a los costados. Salió de su casa para prender el anafre y tostar las tortillas que había hecho a mano por la mañana.

— ¡Atan'an! —le llamó Xiriquij a su hijo.

—Ya voy amá —contestó el pequeño y salió corriendo descalzo.

—Hijo tráeme las tortillas que dejé en la silla por favor.

El pequeño se metió a la casa saltando de alegría, en su rostro resplandecía una sonrisa enorme porque esa noche su padre iba ir a visitarlo desde la tierra de los muertos. Atan'an, recordaba muy poco a su papá, pues había fallecido cuando él tenía tres años. Llegó a la silla de palma donde estaba el tortillero pintado de colores: azul, amarillo, verde, rojo y café; lo tomó y se lo llevó a su madre.

—Ten má —le entregó el tortillero.

—Gracias, ¿cómo vas con la ofrenda? —preguntó Xiriquij mientras echaba la primera tortilla al comal.

—Creo que ya la terminé —sonrió Atan'an y mostró que le faltaba uno de los dientes incisivos centrales.

—Entonces ahorita me voy a apurar a terminar el mole para que coman tus abuelitos y tu papi cuando lleguen —dijo mientras volteaba las tortillas con ambas manos.

— ¿A qué hora pueden llegar los difuntos? —preguntó Atan'an.

—Pueden llegar a las doce de la noche —respondió la mujer y echó unas tortillas que ya estaban tostadas a la canasta.

— ¿Entonces mi papi ya está en la casa? —preguntó el niño mirando hacia adentro del hogar.

—Todavía no, primero tenemos que ponerle un camino de pétalos de cempoalxóchitl hasta la puerta —le explicó.

— ¿Puedo poner el caminito amá? Es que ya quiero que vengan a visitarnos mi papá y mis abuelitos.

—Sí, puedes poner el camino, dejé las flores a lado del petate donde me duermo.

Atan'an se metió corriendo a su casa, las flores de cempoalxóchitl anaranjadas estaban en los pies del petate dentro de un florero de barro negro con unos girasoles pintados a mano, las agarró y regresó afuera con su madre.

—Fuiste rápido —sonrió

—Es que ya tengo muchas ganas de ver a mi papá —dijo el pequeño

— Hijo, nosotros no podemos ver a los difuntos... —contestó triste la mujer.

— ¿Entonces cómo sabemos que sí vienen a la gihyanj sándu? —la sonrisa del pequeño había desaparecido de su rostro.

—Sabemos que vienen porque las veladoras se consumen completas y



rápido, el sabor de la comida disminuye y además, los papeles picados se mueven porque nuestros difuntos pasan a probar lo que les dejamos —le dijo su mamá mirándolo a los ojos y tomándole las manos.

—Entonces voy a poner el camino de flores —dijo entusiasmado—.

—Para hacer el camino tienes que quitarle los petalitos a la flor —Xiriquij agarró una flor y le mostró como lo tenía que hacer, el pequeño miraba atento.

Atan'an, tomó el ramo de flores y caminó unos pasos para empezar a formar el camino, pasó a lado de su madre que estaba tostando tortillas, le sonrió y siguió formando la línea naranja, entró a su casa y cuando llegó a la mesa donde tenían la ofrenda se le terminaron las flores. Agarró la foto de su papá y la besó.

—Te espero acá, no tardes... —susurró y dejó la foto en su lugar.

Xiriquij entró por una olla de barro que tenía para preparar el mole y vio que su hijo estaba sentado sobre el petate mirando fijamente la ofrenda, sonrió y no quiso interrumpirlo. Echó adentro de la olla una cuchara grande de madera, una barra de chocolate, un bolillo duro, manteca de cerdo, piloncillo, cacahuates y almendras; caminó hacia el exterior de la casa, dejó la olla y regresó a la cocina por cebolla, jitomate, ajo, ciruelas y el caldo de guajolote sin la carne que previamente había separado en un recipiente de plástico; salió de la casa y comenzó a preparar el mole para cocinarlo en el anafre.

Unos músicos salieron de la casa de al lado y llegaron al hogar de Xiriquij y Atan'an que estaba hecho de adobe, entraron y tocaron un par de canciones frente a la ofrenda. La mujer les regaló un poco de aguardiente a los músicos a manera de agradecimiento y luego se retiraron para continuar su travesía en la siguiente casa. La madre del pequeño continuó preparando el mole que tenía encima del anafre, sólo faltaba esperar a que hirviera para echarle las piezas de guajolote que había comprado por la mañana en la plaza.

Algunos de los pobladores de San Juan Copala salieron a poner el camino para recibir a sus fieles difuntos, otros partieron con comida y bebida rumbo al panteón para cenar allá y luego desde ahí guiar a sus muertitos rumbo a su hogar. El café de la tierra se tiñó de color anaranjado y amarillo con los pétalos de la flor de cempoalxóchitl. Xiriquij miró el mole que borboteaba, tomó una cuchara de madera y comenzó mover la mezcla dentro de la olla, de inmediato emanó un aroma dulce y picante, después de formar cuatro círculos con la cuchara reunió un poco de mole, se echó unas gotas en la mano izquierda, le sopló un par de veces y lo probó, su paladar agradeció probar tan exquisito manjar, hizo una cara de satisfacción, sonrió y fue a la cocina por las piezas del guajolote que había dejado en el recipiente. Atan'an ya estaba recostado en el petate, los párpados le pesaban, pero luchaba por seguir despierto para seguir viendo la ofrenda.

— ¿No han venido a cenar tus abuelitos y tu papá? —le preguntó sonriendo su mamá.

—No... —contestó triste Atan'an mientras bostezaba.

—Ya no han de tardar en venir, es que van de casa en casa comiendo un poquito de cada ofrenda donde está su foto —intentó darle animo a su pequeño.

— ¿Y por qué no empezaron por aquí? —preguntó cabizbajo.

—Porque cuando lleguen aquí se van a quedar a celebrar su día con nosotros —dijo Xiriquij y después caminó hasta el petate donde estaba su hijo y le besó la frente.

Atan'an sonrió y abrazó a su mamá por el cuello, ella tenía el don de hacer que sonriera incluso cuando estaba muy triste, Xiriquij no pudo evitar que de sus ojos salieran lágrimas de tristeza, extrañaba a Xinunh-un, su difunto esposo, cada una de las gotas de lamento que caían por su mejilla derecha llevaba un recuerdo vivido con el papá de su hijo, las lágrimas que llovían de su ojo izquierdo iban cargadas de momentos que le hubiera gustado vivir junto a su marido y su pequeño, la mujer sollozó y se limpió las lágrimas de melancolía. Luego de unos segundos se soltaron.

¿Estás llorando mami?—la boca del pequeño se arqueó hacia abajo.

—Nada más poquito... —volvió a abrazar a su hijo, pero esta vez con más fuerza.

— ¿Por qué estás triste? —le preguntó el pequeño al oído.

—Porque extraño a tu papi y a tus abuelitos... —Xiriquij sonrió ligeramente sin dejar de llorar.

— ¡Pero hoy vienen a visitarnos mami! —contestó Atan'an feliz.

—Entonces me voy apurar a terminar el mole para que cuando lleguen coman calentito —dijo la mujer.

Xiriquij dejó de abrazar a su pequeño, le sonrió y se limpió las lágrimas que humedecían sus ojos hinchados, Atan'an con su manita le limpio las lágrimas que tenía en las mejillas, se vieron a los ojos y se regalaron una sonrisa. La mujer se levantó, le dio un beso a su hijo, agarró las piezas del guajolote y salió de la casa. El mole estaba muy caliente, las burbujas de hervor explotaban y de inmediato nacían otras. El olor picoso de los chiles y el dulce del chocolate viajó hasta su nariz. Vertió la piezas del guajolote dentro y lo movió con la cuchara.

— ¿Qué estás preparando para comer Xiriquij? —le preguntó Xanà Li, una mujer que frente a su casa cargaba a su bebé en la espalda dentro de un rebozo de color negro con gris.

—Estoy haciendo un molito negro —le contestó sonriente.

—Que sabroso —dijo y se mojó los labios.

—Pasado mañana te vienes al recalentado Xanà Li —respondió Xiriquij y baño con mole una de las piernas del guajolote.



—Sí, vengo el 3 y me traigo el atolito de maíz y los tamalitos de sal que hice para mis difuntitos —dijo y siguió su camino.

Xiriquij se despidió de su amiga con un movimiento de mano y se metió a su hogar a buscar platos para servir el mole. De un huacal de madera agarró tres platos de barro adornados con flores moradas pintadas a mano y los puso sobre la mesa. Miró hacia el petate donde estaba Atan'an, quien a pesar de su esfuerzo por mantenerse despierto para esperar a sus abuelos y a su papá ya estaba durmiendo, su madre se acercó y lo tapó con una cobija de lana con cuadros azules, grises y negros, no quiso despertarlo para decirle que se pusiera su ropa de dormir, le dio un beso en la mejilla, tomó los platos y salió. El clima se había enfriado, eran casi las dos de la mañana. Los vecinos que habían ido al panteón regresaban con bolsas, cántaros, ollas, vasos y platos, otros caminaban aromatizando el ambiente con sahumeros llenos de copal. Xiriquij bostezó y cerró los ojos, cuando terminó sirvió una pierna de guajolote en uno de los platos y la bañó con mole, luego regó ajonjolí sobre la pieza, hizo lo mismo con los otros platos y los puso en la ofrenda.

Atan'an despertó y se talló los ojos, los sentía arenosos, así que volvió a cerrarlos, la cara se le arrugó y nuevamente abrió la vista; Xiriquij no se percató que su pequeño la miraba hablándole a la foto de su papá.

—Nos haces falta Xinunh-un, ha sido un año muy largo sin ti... —no le quitaba la mirada a la fotografía donde su esposo traía puesto el jorongo rojo

que ella le había tejido para usar en la fiesta del dios del rayo, el hombre sonreía y cargaba una penca de plátanos en cada mano.

Atan'an no dijo nada, únicamente observó a su madre que sentía una gran tristeza, pensó en levantarse para abrazarla y hacerla sentir mejor, pero prefirió quedarse acostado para que ella se desahogara. Xiriquij sintió una mirada, de inmediato volteó, pero no había nadie, sólo su hijo durmiendo. El pequeño se había hecho el dormido para que su mamá no se sintiera apenada por haber sido escuchada hablándole a una fotografía. La mujer le dio un beso a la imagen y la dejó en la ofrenda, luego llevó su mano derecha a sus labios y la reposó sobre las fotos de su papá y su mamá, pues este gesto para ella era como besarlos.

Xiriquij fue al petate y tomó su ropa para dormir que tenía cerca de este, se quitó su huipil y lo dejó caer en el piso, de inmediato se puso una playera blanca que le quedaba floja y un pants blanco que era de su marido. Volteo a ver a su pequeño hijo para darle un beso de buenas noches, se percató que este tenía los párpados un poco apretados, fue entonces que se dio cuenta que en realidad estaba despierto, no le dijo nada, simplemente sonrió, le dio un beso en la mejilla y se recostó.

Después de unos minutos cuando la mujer dormía profundamente y roncaba, Atan'an considero que era momento de abrir los ojos, miró hacia la ofrenda y se llevó una sorpresa, el papel picado de color amarillo se movía ligeramente de manera ondulante, la puerta y la ventana estaban

cerradas, no había viento, cuando observó eso se le enchinó la piel, pero más que sentir temor se emocionó, de inmediato y con cautela se levantó del petate para que su madre no se despertara, una vez que estuvo de pie fue hacia la ofrenda, las veladoras de sus abuelos estaban a la mitad y la flama se movía mucho. Los difuntos habían llegado a la casa a visitar a su nieto y a su hija, Atan'an se sorprendió y se le dibujó una sonrisa en el rostro, miró la veladora de su padre para ver la llama, tenía la esperanza de que también se moviera, pero esta no se agitaba y estaba casi completa, la sonrisa se le desvaneció, pero su semblante aún se mostraba alegre.

—Abuelitos, espero que les guste lo que les pusimos en la ofrenda, me voy a dormir otro ratito —dijo susurrando sin dejar de mirar la foto de su abuela y su abuelo—. No sé por qué mi papi no ha venido, pero si lo ven díganle que lo espero —susurró mientras caminaba de vuelta a su petate.

Eran las cuatro de la madrugada, Atan'an estaba durmiendo profundamente, la cobija de lana cubría sólo la mitad de su cuerpo de la cintura hacia abajo, tenía la boca entreabierta y estaba dándole la espalda a su mamá que ya había dejado de roncar. El pequeño despertó de un sobresalto, la luz de la luna se escabullía por la ventana y daba directo a la ofrenda, cuando abrió los ojos se levantó apresurado y se quedó mirando a los papeles picados, pero no se movían, se acercó con pasos grandes a la ofrenda y quedó pasmado, la jícara con agua que estaba debajo de la foto de su papá estaba semivacía y la cera de la veladora se había consumido un poco, sonrió y mostró otra vez que le faltaba un diente.

— ¡Papi, sí viniste a visitarnos! Pensé que no ibas a llegar nunca —dijo con tono bajo y mirando a la fotografía.

El papel picado de color rojo (era el favorito de Xinunh-un) se movió de adelante hacia atrás como si una ráfaga de viento hubiera llegado de golpe, la flama de la veladora se movió de manera desenfrenada, parecía que se iba a apagar en cualquier momento, mas no fue así, Atan'an no sintió aire, pero vio todo lo ocurrido, cerró los ojos, apretó los puños y sonrió sin abrir la boca, era un gesto que mostraba lo feliz que estaba porque su papá estaba con él en ese momento.

—Espero que te haya gustado lo que te preparó mi mamá, se pasó toda la noche haciendo el mole que tanto te gustaba papi —dijo mientras bostezaba y veía el plato de barro con guajolote y mole negro— me voy a dormir un ratito ¿quieres acostarte conmigo como cuando estaba más chiquito y me cantabas? —preguntó a la foto y caminó con la certeza de que su padre lo seguía detrás, luego se acostó mirando hacia donde estaba su madre para que así su papá pudiera también verla como dormía extrañándolo.

Atan'an despertó cuando eran cerca de las doce del mediodía, el esperar a sus familiares había hecho que no durmiera de corrido, pero al sentir que sus abuelos y su papá habían llegado a su casa lo hizo descansar bien sin importar el calor que se sentía dentro del hogar debido a las láminas de asbesto. Xiriquij tenía el cabello húmedo y sin trenzar, vestía un huipil rojo



carmesí con girasoles bordados cerca del pecho (ese vestido se lo había regalado Xinunh-un en uno de sus cumpleaños), estaba acomodando las flores de cempoalxóchitl que iba a llevar al panteón para sus padres y su esposo. —Ya te iba a despertar... —dijo la mujer cuando vio que su hijo se tallaba los ojos y se estiraba.

— ¡Mami!, si llegaron a cenar en la madrugada, primero vinieron mis abuelos y después llegó mi papá —dijo emocionado mientras se levantaba del petate.

—Te dije que iban a venir, pero que antes tenían que pasar a las otras ofrendas que les pusieron —le dijo su madre mientras caminaba hacia él para abrazarlo.

Después de que Atan'an saliera de bañarse y se pusiera su pantalón negro, su camisa beige, sus huaraches y lo peinara su mamá, salieron juntos rumbo al panteón para limpiar las tumbas de sus queridos difuntos y dejarles las flores de cempoalxóchitl. El panteón estaba forrado de flores amarillas y anaranjadas; luego de limpiar las lápidas, el pequeño les quitó el tallo a las flores y formó sobre la tumba una cruz con los botones. Estuvieron en el panteón alrededor de dos horas y volvieron a su hogar, pues no habían desayunado y ya tenían hambre.

Cuando llegaron, ambos se llevaron una sorpresa agradable, las jícaras con agua y los tres vasitos de mezcal que habían dejado en la ofrenda ya

no tenían líquido. Además, las veladoras estaban a punto de terminarse, ninguno de los dos podía creer lo que estaban viendo. Xiriquij salió a prender el anafre para poner a calentar frijoles para comer, pues los alimentos que habían dejado en la ofrenda no podían consumirlos hasta el día siguiente; Atan'an esperó a que su mamá se saliera para meter el dedo al plato de mole que le habían puesto a su abuela, cuando lo probó notó que era insípido y eso sólo podía significar una cosa, los difuntos habían comido dicho manjar y le habían quitado el sabor.

Luego de terminar de comer, Xiriquij se percató de que uno de los platos de mole tenía un dedazo, no le dijo nada al pequeño, pues recordó cuando ella era niña y hacía lo mismo para corroborar que sus difuntos habían ido a probar la comida de la ofrenda. A las seis de la tarde, cuando el sol dejaba de calentar como lo había hecho durante todo el día y el cielo se teñía de anaranjado salieron a visitar a sus vecinos, pues en San Juan Copala, acostumbraban ir a ver cómo habían quedado las ofrendas de los demás y luego recibían ellos a los visitantes. Dieron las doce de la noche, la fiesta de los fieles difuntos había llegado a su fin. Xiriquij agradeció a sus padres y a su esposo por la visita que les hicieron, luego llegó el turno de Atan'an.

—Gracias por haber venido a visitarnos papi y abuelitos, nos hicieron sentir muy felices con su presencia, por un momento pensé que no iban a venir, pero me alegré mucho cuando me di cuenta que estaban en la

casa probando lo que les habíamos puesto en la ofrenda. El próximo año los esperamos otra vez para celebrarles su fiesta —dijo feliz y agarrando la mano de su mamá.

El pequeño Atan'an, soltó a su mamá y tomó las tres fotos de sus familiares en sus dos manos, primero besó la fotografía de su abuela, después la de su abuelo y finalmente la de su papá, en ese momento las tres veladoras se apagaron, la casa quedó a oscuras. Ambos se pusieron ropa cómoda para dormir y se acostaron cada uno en su petate, Xiriquij cayó rendida. Antes de cerrar los ojos el pequeño miró hacia la ofrenda, todos los papeles picados que colgaban sobre la mesa se movían ligeramente, la luz de la luna apenas alcanzaba a colarse por un espacio de la ventana, pero con esa poca iluminación el pequeño pudo observar tres sombras que le decían adiós, se asustó un poco, pero no importó demasiado lo que sentía pues de inmediato reconoció a su padre, las otras dos eran la de su abuela y su abuelo, estas no le fueron tan sencillas de ubicar porque no los había conocido en vida, únicamente en fotografías; las sombras se fueron acercando a la puerta, una vez que desaparecieron, Atan'an cerró los ojos y sonrió sabiendo que nadie creería lo que había visto...





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2021

